EUSKAL ERRIA

REVISTA DECENAL BASKONGADA DEL URUGUAY



DIRECTOR - REDACTOR:
PEDRO PARRABÈRE



Año XI. | Montevideo, ENERO 30 de 1922 | N.° 390

REDACCION: SAN JOSE 1168

HE AQUI LOS FINES DE "EUSKAL ERRIA":

Propender a realizar, en torno a esta Institución, la unión de toda la familia vascongada diseminada en el país.

Mantener las tradiciones y costumbres de Euzkadi, fomentando su influencia bienhechora entre todos los asociados.

Fundar Institutos de enseñanza y cursos del idioma vasco.

Practicar la beneficencia y establecer casas de protección con preferencia para los que fueron asociados.

Fundar una Caja de Previsión social a beneficio de los asociados activos y suscriptores.

Contribuir a la conveniente colocación de los vascongados de ambos sexos que lleguen a esta República, sin amparo alguno, como igualmente a su repatriación en los casos debidamente justificados.

Celebrar, por lo menos una vez al año, fiestas y deportes genuinamente vascongados, ya fuere con elementos propios o con el concurso de personas ajenas a la Institución.

Alquilar o adquirir los locales necesarios para dar cumplimiento a los postulados precedentes.

Realizar una continua propaganda en favor de la Institución por todos los medios posibles que tiendan siempre al engrandecimiento de «Euskal Erria» y a la honra de la patria ausente.

Los vasco-argentinos y la cultura nacional

«Será la tierra vasca—escribe «Euzkadi» de Bilbao,—la única que se desestime a perpetuidad la propia personalidad y sus características, todo cuanto en las demás naciones del orbe constituye el centro de toda reverencia y amor. Lo que nos distingue de los demás pueblos, lo que integra nuestro sér, lo que por ello debiéramos estimar como espíritu y vida nuestra, es despreciado groseramente. Tendrá la raza excelentes virtudes, no lo negamos. Mas basta este desdén insensato para que aparezca ante la conciencia ilustrada universal como la última de las nacionalidades.

Sembrado está el territorio nacional de centros de cultura. Por doquier se tropieza con escuelas, Colegios e Institutos. Pero está desterrado de todos ellos el idioma vasco, el del suelo y el de las desgraciadas gentes que lo pueblan. Aun a trueque de que se esterilicen los sacrificios de directores y dirigidos por ese proceder mentecato y bochornoso, se mantiene inexorablemente. Por ello, no hay entre los maestros que ignoran el habla popular y los niños, que desconocen la lengua de sus guías intelectuales, lazo alguno ni medio de comunicación. Eso es infinitamente incomprensible, además de infinitamente villano, pero eso fué así, y eso prosigue siendo base y fundamento de la obra de cultura de la tierra vasca.

En sus centros de instrucción se enseña todo, menos lo que puede interesar al espíritu vasco. La reprobación del verbo vasco se mantiene en cuanto significa negación de ideas y de cosas y reprobación de toda sustancia vasca. Se enseña aquí la extensión de las naciones más apartadas, se dibujan las líneas de las fronteras, la altura de sus montañas, el curso de sus ríos. Sabemos donde nacen el Danubio y el Pisuerga, y dónde se coronan de nubes o de barro el cerro del Pimiento y los de Ubeda. Pero del Gorbea, que se alza ahí enfrente, o del Ibaizabal, que es el río que baña nuestras huertas, nada saben nuestros niños, porque con la geografía del Paraguay o de España—de España a estos efectos separada de Euskadi—han cuidado los maestros de no decir palabra a los vascos.

De los fenicios, de Chinciasvinto, de Atila, de Barbarroja, de la dinastía de Katachin, nada ignoramos, con importarnos una higa de lo que hicieron o dejaron de hacer. Pero la ocupación vasca de este territorio, de las luchas de independencia que sostuvieron nuestros ascendientes, de los reyes vascos de Nabarra, de lo que los vascos hicieron en las Cruzadas o en América, de todo esto lo ignoramos todo, porque hay interés formidable en que nada sepamos de nuestra Historia.

Egipto con sus momias, Babilonia con sus jardines flotantes, Germania con sus bárbaras legiones, nos son conocidos en lo que fueron o en los infundios que de ellos nos cuentan. Sus usos, sus leyes, sus instituciones son objeto de nuestra diligente atención y de severo estudio. Pero de la constitución del pueblo vasco, de su admirable organización familiar, de sus normas jurídicas, del nacimiento y progreso de sus peregrinas instituciones públicas, de su genio de gobierno creador, de todo esto, que admira y aturde por su excelencia a los grandes estadistas europeos, nosotros los vascos lo ignoramos todo porque el poder del enemigo de la Raza descansa exclusivamente en ese desconocimiento.

* * *

Bien han comprendido esto los vascos de la Argentina, y de modo especial los

que han levantado el admirable Instituto de «Euskal Etxea». Por eso en el plan de enseñanza de sus Colegios ocupan lugar preeminente los estudios vascos.

Respondiendo a una aspiración de todos los vascos — se lee en el Reglamento del Colegio de niños —, y con el fin de conseguir más fácilmente los fines de educación especial de la «Euskal Etxea», se dan también en todos los grados nociones de lengua vasca y de Historia y Legislación vascas.

Y en los estatutos del Colegio de niñas se dispone que es obligatorio en todos los grados el estudio del euskera».

Raza vasca y pueblo vasco

Ya dije antes, que no es raza quienquiera. Los Baskos singularizados por el hecho maravilloso de su lengua, *islote lingüístico* en el mar de los idiomas flexionales de la Europa occidental, debieron a esta circunstancia la constante posesión de un estado civil étnico. La ciencia vino con su análisis, no tanto a esclarecer el problema como a complicarlo. Mas las últimas investigaciones reconocen la existencia de un elemento original, propio, no compartido por las gentes que le rodean, elemento que se ha combinado con otros allegadizos, sin disolverlo. Y aunque algunos pretenden disociar la singularidad étnica de la singularidad lingüística, afirmando que no se corresponden, las más agudas inducciones restablecen la asociación de ambas. De todo lo cual resulta que existe la raza bask,a cuyo es el baskuense, y además una exteriorización con mayor radio que ella, el pueblo euskaldun, en quien se personifican los elementos étnicos combinados, mediante una conciencia común que los reduce a la unidad por obra y gracia, especialmente, del idioma. Si la raza baska, *substractum* del pueblo euskaldun, y el pueblo euskaldun, amplificación de la raza baska, organizaron estados y formaron naciones y les asiste derecho perfecto a restaurarlos, no es porque su cráneo, nariz, mandíbulas y cara sean de ésta o de la otra forma, ni porque sus ojos, cabellos y piel ostenten ésta o aquella coloración, ni su talla alcance determinada altura, sino porque los vascos pusieron en juego sus cualidades naturales y practicaron el arte heroico de hacerlas valer, y amaron la independencia, y no temieron a la muerte; es decir, porque supieron, quisieron y pudieron representar papel en la historia, que es quien definitivamente ciñe las frentes con la corona de la soberanía o sujeta las manos con las cadenas de la esclavitud.

El concepto de pueblo, de hecho, se confunde con el de nación, y aun con el de raza, y ni siquiera disfruta de idéntica acepción en los países cultos. Bluntschly pone de relieve la disparidad que sobre este punto se observa entre los occidentalos y los germánicos. «El alemán—dice—lo mismo que el latín de la antigua Roma, con la palabra *nación* indica una relación de *espíritu*, de *cultura*, mientras que los franceses y los ingleses prefieren para ese objeto las expresiones del pueblo, *peuple*. Por lo contrario, *como noción de Estado*, los alemanes emplean el vocablo *volk* («populus»), los países occidentales más bien el de *nación*. La etimología favorece al uso alemán; nación, de *nasci*, se refiere, con efecto, al nacimiento y a la raza; pueblo y *populus*, de *polis res publica*, más bien a la existencia pública colectiva.» (*Theorie generale de l'Etat*, cap. II del lib. I.)

Hasta aquí el famoso profesor alemán

Ampliemos sus indicaciones etimológicas y léxicas. La palabra latina *plebes*, aparte de su sentido jurídico, significa propiamente muchedumbre. Proviene de la misma raíz que ha dado *pleo*, primitivo de *compleo* (llenar), *plenus* (lleno) *plerique* (la mayor parte), significado que palpita en *populus* (el conjunto de ciudanos, la muchedumbre, sl público.) De «pueblo» hemos derivado «poblar». Todas estas palabras no rebasan los límites de un significado material de número y conjunto, sin ninguna otra nota determinativa. La palabra «nación», sacada del latín *natio*, que significa «tribu, raza», ora provenga de *natics* (nacido), ora, con mayor rodeo, del sanscrito *nah* (coser, li- gar), expresa el origen común, y por tanto la unidad del conjunto. Entre «pueblo» y entre «pueblo» y «nación» mediaría la diferencia que separa a lo orgánico de lo inorgánico, a la yuxtaposición de la asimilación. Pero una cosa es la etimologia y otra el uso.

ARTURO CAMPION

ARTE VASCO ❊ El P. José Antonio de Donostia

RECUERDO DE UNA TARDE . . .

II

Y tocaba, tocaba, interminable, sin cansancio, dándose a su afición favorita, ofreciéndose a ella apasionadamente... Después de la canción arrumacadora de la cuna, visiblemente marcado el monorrítmico vaivén de ella, venía la boda gallardeando algazara en un aire fresco y juvenil y en medio un magnífico coral religioso, obra del maestro. Tras de la romería lejana, con sus ecos de tamboril y txistu, el zortziko sonando siempre, mecido, enérgico o dulce por las bocanadas de viento, el cantar de las mozas en compañía susurrándose a hacerlo qué secretillos de noviazgo y amor. Y luego el desafío brioso de los *ezpatar dantzaris* y en seguida el baile singular de los *mutildantzaris* ..

Una parte de la magistral labor íbase sucediéndose trozo a trozo, paulatinamente, entre elogios y felicitaciones, en medio del aplauso mudo de una emoción callada y profunda.

El P. José Antonio tocaba de memoria unas veces, teniendo que repetir lo tocado, varias; otras con el papel delante, unos cuadernos—tres publicóles ya la casa editorial pamplonesa de Erbiti y los siguientes irán publicándose,—que conocen muy bien los aficionados inteligentes.

Porque el admirable religioso no se limita, y no sería poco hacer, a la busca y captura— permítaseme el prosaísmo— de esos aires musicales, casi perdidos, que son el alma del pueblo vasco, lo que tuvo y tiene de característico y propio; su reír, su llorar, su divertirse en holgorio, el expresar sus sentimientos, el tallarlos típicamente en notas y sonidos.

Aún hace más el P. José Antonio. Yo no sabré manifestarlo como quisiera, pero me atendré, para explicarlo completamente y en pocas palabras, a la frase del amigo, cariñoso e inteligente: realiza el mismo fecundo trabajo que Grieg; lo que éste hiciera con los cantos noruegos voltejeantes en la memoria y en las costumbres de las multitudes, hácelo entre los vascos el inspirado compositor easonense.

Porque el Padre Donostia, una vez señor de su hallazgo, de la joya que va a buscar, según su decir, la talla, la pule, enfulgece más sus facetas ya brillantes engástalas en primorosas labores originales, exquisitas de inspiración, concienzudas de estudio, apropiadas, en lo que tienen de característico y saliente. Es decir, no la desfigura, no destruye lo que la distingue de peculiar y suyo, sino que acentúa más

su carácter y más lo ostenta, más lo enaltece para que sepamos valorarla en el precio inestimable de su valoración artístic.

Esto es lo que hace, y ya se comprende que con prendas y dotes no comunes, el P. José Antonio. Los aires musicales que cosecha, los motivos que acopia, las canciones que recoge con perseguidor espigueo, allí están, en el engaste en que los pone, y están, *cantando siempre*—mi ignorancia no sabe expresarlo de otra manera fragantes, vivos, perennes, con la jugosidad pomposa que les dió el pueblo que los compuso y en donde aún se mantienen, si bien con peligro de perderse y morir.

Lo que da el cauce a estas exquisiteces artísticas del capuchino poeta, pertenece, pues, al acervo popular, por haber nacido en el pueblo mismo o por compenetrarse con él, ya que la colectividad acogió como suya la inspiración del autor que popularmente supo sentir.

Y el fraile artista recoge esos cantos, esos motivos, de boca del pueblo. De la del mozo enamorado que, sin presentirlo, repite la milenaria tonada con que un antepasado suyo expresó su pasión; de la vieja ochentona que en la casería del picacho enhiesto está acabando de hilar las horas de su existencia, mirando al fuego con ojos mortecinos; del corro de jóvenes que se divierte y ríe; del anciano que rememora el coral que con sus compañeros entonaba, en la alta noche, al salir de la taberna; del ramillete de doncellas que mientras cose, canta...

Y con la joya guardada, tarareándola, tal vez, pensando en el primoroso estuche de musicales sonidos en que ha de perdurarla, queriendo inspirarse en la inspiración del motivo popular, ya apuntado en el papel, el P. José Antonio, que en artístico paseo o en fructuosa gira anduvo por los contornos y aledaños de su convento de Lekaroz, vuelve a él, y, avaro de admirar su tesoro, confíaselo al piano...

Su paisaje, el de su retiro de paz, sírvele para que su alma se enfervorice y eleve, para que los aires populares que esperan el trabajo magistral, ese del compositor sabio, conserven su carácter todo, su perfume, su braveza nativa, su suavidad magna, su hermosura innegable. Los montes abruptos, los peñascales erguidos, los viejos árboles rugosos, el vigor desencadenado de la tormenta, el sosiego campestre, la religiosidad grandiosa del sitio..., todo ello viene a saturar de pensares, de sentires, al alma delicadísima del poeta.

* * *

Que siga tocando, tocando, sin cansarse nunca...

De un tema centenario de beodos nocharniegos ha extraído un andante hermosísimo, de factura clara, límpida, transparente...; de clásico y amable sabor... Lo repite; gusta más que la vez primera y sume al espíritu en ese reposo augusto, que también tiene algo de diáfano, que el triunfo del arte produce.

—Hay que componer una sonata vasca...; ese es ya uno de los tiempos se le dice—; y primoroso.

Inicia el fraile un «scherzo» graciosísimo, jugueteando, como sin querer pronunciar la ejecución...

—Y ese, otro... otro tiempo! se habla allá.

Y entre la penumbra, dice él muy suave, muy humilde... la orquestación me asusta... no la veo bien... me faltan medios. Allá en el convento tenemos una orquestilla... una pobre orquesta...

Va enumerando los instrumentos...; unos pocos, comparados con los que hoy requieren las enormes masas orquestales.

—Pues muchas de esas cosas tendrían un éxito seguro, son de un efecto grande...

El Padre José Antonio sonríe, sonríe blandamente, sin quererlo, acaso. El sueña, más que con eso, con algo que se eleve por sobre las cimas empinadas del Baz-

tán; por sobre los basamentos rocosos de sus montes; que flote más allá de las nubes; que suba al cielo...

Es ya de noche; brilla la eléctrica; vaga aún en el espacio como un lamento, como una queja infinita, como algo impalpable, pero hermosamente grande, y diáfano cristalino...

Yo no sé si aquello es remembranza sin concretarlo bien, del admirable «andante» que acabamos de oír, igual que en éxtasis.

Yo no sé si es algo del excelso Beethoven...

***

Le veo aún cómo se fijó en mi retina y en mi mente—en la transfiguración que el poder del arte le da—apoyándose con la negra alpargata en el pedal, con el pincelazo de oro en el bigote, pálido de tez, con los ojos profundos y dulces perdiéndosele arriba; con el sonreir de una paz, angelical en el alma, con el pecho tremulante por la inspiración que vertíase a torrentes sobre el piano, donde mariposeaban ágiles unos dedos largos, finos...

Le veo así. Y le evoco atrayente, simpático, grande, sí, grande.

Lo suficiente, sin duda, para que le consideremos como una figura radiosísima en el vasco renacimiento y digno de que la tierra, a la que tan bien sabe sentir, le glorie amándole y agradeciéndole los hermosos esfuerzos que realiza para que no se pierda, sino que perdure, el rico tesoro musical de nuestro país y de nuestro pueblo.

HERMINIO MADINABEITIA.

Visitando Alsacia

De una hermosa correspondencia dirigida a «La Nación» de Buenos Aires por el celebrado poeta D. Leopoldo Lugones, reproducimos estos párrafos que se refieren a Alsacia.

«Quién lo haya conocido, comprende que bien valía una guerra, si no más, aquel don de opulencia y de hermosura; advierte sin esfuerzo porque Francia lo lloraba inconsolable. Quizá cuente un día el encanto de la rubia Alsacia, tal como la vi al esplendor violento del sol que parecía metalizarla en esmalte, dilatando su llanura feraz bajo el profundo manto de las mieses maduras, entre cuyos pliegues, densos de oro, parecían nadar los potentes caballos de labranza y rebotar como terrones las disparadas liebres; y la embosquecida montaña que prolonga al infinito una vibrante esbeltez de naves góticas, flotadas en sombra azul bajo el umbroso misticismo de los abetos; y los castillos formidables de rojo asperón en el obscuro bosque donde se les entrevé al pasar, bermejos como lobos, y los templos románticos de la misma piedra que el sol de los siglos recuece en un flameado mordoré; y las ciudades de la historia, como Estrasburgo y Colmar, donde «La Crucifixión» de Grünewald crea por sí sola una Jerusalén del arte; y las aldeas dichosas donde «el amigo Fritz» de la feliz novela halla la novia rubia que escancia el rubio vino y la cerveza rubia, o hila el rubio copo en la hacendosa rueca; y el caserío de techos agudos, con su granja antigua en cuyo piñón desborda el nido ya secular de las cigüeñas, su campanario favorecido por igual hospedaje, sus pródigos cerezos, sus muchos niños, realmente dorados de blonda lozanía; y las rosadas viejas de cofia; y las grandes vacas de ubre rosada; y las comadres gordas y blancas como sopas de pan en leche; y las consabidas ocas que parecen imitarles el borneo del bienestar; y los bueyes

amarillos, de reposada fuerza; y los labriegos rubios como sus parvas, sólidos de voluntad, en un rojo vigor de cedro. Y todavía los parajes maravillosos: Santa Otilia, donde el aire del monte, como azulado de éxtasis, parece orar en un divino silencio que al propio tiempo es hondura de murmullo selvático, trémor de agua lejana, transparencia sombría, claridad sonora, serenidad celeste...

Y las Tres Espigas, allá en la cumbre purificada de frescura y de luz, con aquel suavisísimo cielo montañés que diríasele exhalando como una niebla azul por la tenebrosa masa de añil de los abetos. Porque la respiración de dichos árboles crea una azulada bruma en que está como meciéndose el ensueño. Y la garganta de Saberna con sus prodigiosos peñascos, su agreste arboleda, sus sombras profundizadas de poesía, sus aguas cantadas en numeroso rumor... Y aquella balsámica sutilidad con que dilata el corazón en un ligero delirio, como si fuera la ebriedad de la pureza, el resinoso vigor de los abetos altísimos y finos cuya columnata escala interminablemente los Vosgos: tan esbeltos que semejan templadas cuerdas donde el aire vibrara ya musical. La luz larga del ocaso, parecía sensibilizarlas con oblícua pulsación, elevando en himno el esfuerzo de los troncos; y para acentuar la impresión, en el fondo de la tarde aromática alzábase remoto el trino del picoverde. La Suave de mis días iluminábase de amor, adorando como Beatriz en la divinidad de la Belleza.»

El Palacio de los Alabas



Enclavado entre dos típicas calles — las de Herrería y Zapatería — del viejo Gazteiz señorial, se alza el magnífico palacio de los Alabas, memorable en los fastos histórico artísticos de la región alabesa.

Señalan algunos los caracteres del siglo XVI en la construcción de este palacio, mientras otros le atribuyen a fines del XV. Y realmente ninguno yerra, pues las piedras de la mansión señorial de los Alabas constituyen perfecta representación plástica del tránsito de la borrascosa Edad Media a los esplendores renacientes del XVI.

Nadie mejor que don Diego de Alaba, uno de los más insignes miembros de esta familia, puede simbolizar en la evolución política alabesa este tránsito que tan admirablemente expresa el arte del palacio.

Don Diego de Alaba en su larga y fecunda vida política, que abarca los últimos lustros del siglo XV y la primera mitad del XIV, fué el pacificador y organizador del estado alabés.

Fué este personaje quien desde la Acaldía de Gazteiz consiguió la reconciliación de los bandos de Ayalas y Callejas, que habían ensangretado las calles de la ciudad durante los siglos anteriores. Sólo a la gran energía y capacidad de don Diego de Alaba — que desempeñó el cargo de diputado general con el excepcional carácter de vitalicio, ejerciendo una saludable « dictadura » durante 32 años — se debió la debelación de los orgullosos « jauntxos », que habían mantenido en sus castillos roqueros la rebeldía frente a las Juntas Generales, genuina representación de la democracia baska, cuyo prestigio creció considerablemente con la ruina de los banderizos alabeses.

Como dice con exactitud el distinguido historiador señor Etchabarri en sus « Alabeses Ilustres », fué don Diego de Alaba el gran patricio de aquella época, el verdadero amigo del pueblo, el que le arrancó de las garras de los señores y lo hizo libre, el que dió a nuestras venerandas

Juntas Generales la suprema soberanía. Gracias a los Alabas pasó rápidamente el pueblo alabés de la inquieta e insegura época medioeval a otra ordenada vida de trabajo y cultura.

La fachada Norte del palacio que da a la calle de la Zapatería, fuerte y severa, con sólida portada flanqueada de soledizos defensivos y ventanas reducidas y sobriamente decoradas, evoca las alarmas y acechanzas de las sangrientas luchas entre los linajes baskos. En esta fachada pueden verse los escudos de Alaba y Eskibel, porque una señora de esta familia, doña María de Eskibel, se unió en matrimonio con don Pedro de Alaba y Mendoza, conteporáneo del citado don Diego.

Las ventanas de la parte Sur, menos arcaicas, más ricas en decoración, muestran en ésta y en sus arcos conopiales las últimas formas del gótico florido.

En cambio, la construcción del gran martillo que prolonga el palacio sobre el jardín de la calle de la Herrería, ostenta claramente el estilo Renacimiento, y en ella intervino seguramente otro ilustre Alaba, don Juan, el famoso arquitecto que en Burgos, Plasencia, Salamanca, etc. dejó muestra de su genio renacentista durante la primera mitad del siglo XVI. Forma esta parte del edificio amplia galería (donde tendrán lugar las sesiones generales, reuniéndose las secciones en la parte de la Zapatería) abierta al jardín por espaciados intercolumnios, coronados con arcos de medio punto, y dotado al interior de típico hogar y artística techumbre: a las belicosas costumbres de los señores feudales ha sucedido la vida reposada de la nobleza burguesa, inspirada en la serenidad del Renacimiento.

OLARIZU.

Una excursión por Navarra

Por Francisco Grandmontagne

III.



limentados los caballos con abundante pienso de gasolina, el automóvil arranca raudo, camino de Roncesvalles. Como en todos los demás puntos que llevo recorridos, la carretera es admirable y revela la diligente administración navarra. Por el estado de sus caminos se conoce la aptitud de un pueblo para el gobierno propio. Cruzamos varias villas y aldeas: Villaba, Huarte, Zubiri, Espinal y multitud de villorrios menores. Son pueblos aliñados y prósperos. La evocación de las guerras carlistas se impone aquí también. Por todas partes se ven restos de fortificaciones, torres cuadradas en que se hacían fuertes los guerrilleros. Todo recuerda escenas truculentas en estos villorrios sumidos ahora en sosiego profundo.

A las pocas horas de viaje ascendemos a la región de los bosques. Las aldehuelas ocultas en la fronda dan la impresión de pequeñas arcadias . . . en verano, pues de invierno han de sufrir con frecuencia el bloqueo de la nieve. Llegamos a Burguete. Allí nos espera un suculento almuerzo. Ordenes impartidas por Laurenz el día anterior desde Pamplona, han previsto el recio condumio. Nada del repertorio de los grandes hoteles ni de su cocina complicada; alimentación de hacheros: habas, un tierno lechón, dorado a fuego lento, cecina curada al humo y queso de cabra brincadora. Y agua, la más rica que he bebido en mi vida, un agua de fontanas de cumbre, transparente, purísima. Sin contacto alguno con la vida universal, llega purísima a nuestros labios desde la roca en que brota, punto inicial y cimero de los ríos.

Burguete es el último núcleo urbano del Pirineo navarro, pues Valcarlos, pueblo español también, cae dentro de la vertiente francesa, al otro lado del gran espinazo de la cordillera. La línea divisoria no sigue la cima de las cumbres, y así hay pueblos franceses que parecen enclavados en territorio peninsular, mientras otros, como Valcarlos — que tanta y tan excelente emigración da a la Argentina — se hallan como enchufados en tierra de la República. Compónese Burguete de una sola y larga calle, formada por la carretera. Todo está aquí organizado para hacer frente al duro invierno. Enormes pilas de leña nos revelan su duración. El mejor departamento de la casa es la cocina, donde, al amor de los tizones, transcurren las largas veladas, pensando en los ausentes, fantaseando también un poco en torno de la carta que llega — cuando la nieve no lo impide — desde la Pampa, el Chubut, el Colorado o Río Negro.

Asiéntase Burguete en el centro de una vasta pradería que viene a ser, entre estos montes, lo que las abras en el Chaco. El paisaje, adusto en los cerros, tiene aquí, dentro del valle, una dulzura severa que embarga nuestro ánimo con emoción indefinible. Recuerdos vagos, sombras de penas huídas, inquietudes inconcretas, anhelos sin forma, cuitas, añoranzas, todo lo indeterminado que duerme en el lecho de las entrañas espirituales, surge a la memoria sin precisión alguna, en ese ensueño sosegado y ondulante que nos derrite en ternura el corazón. Tienen los paisajes grandiosos la virtud de abatir la soberbia individual. El oscuro tono de los hayales sirve como de canefa, o marco, al verde cuadro de las praderas, cuyo pasturaje ondula a compás del aire. El arbolado escala las montañas, presa su raigambre en la tenaza de las duras rocas, que ofrecen a la copa del bosque firme resistencia frente al embate bronco de los vendavales. Las cimas pétreas de las cumbres aparecen desnudas; sus puntas enhiestas se pierden en el azul del firmamento; y al llegar allí las nubes, como en trabajosa ascensión, deshácese en girones el velo incorpóreo, flotando todos sus fragmentos, cual globo destrozado en brusco choque con los altísimos canchales. He ahí el gran cerro de Ibañeta, tan lleno de recuerdos épicos, levantándose sobre un grupo de eminencias menores que parece le rindieran vasallaje; he ahí, Altobiscar, calvario memorable de las huestes de Carlomagno; he ahí, en fin, dominando todas las prominencias de la sierra infinita, la Pipa de Napoleón. Los navarros dan este nombre a la más alta cumbre, porque su cúspide se ve casi siempre, aún en los días más claros, envuelta en una ligera nubecilla estática, prendida a la roca final, como el nimbo o aureola de una imagen. « Ya está fumando Napoleón » — dicen los montañeses, deduciendo de la forma y calidad de la nube el tiempo futuro. La Pipa de Napoleón viene a ser el barómetro de esta zona de los Pirineos. Muy pocas veces está apagada la pipa del Caporal.

Ascendemos a Roncesvalles, envuelto en hayales seculares. La palabra Roncesvalles deriva del latín y quiere decir « valle del rocío ». La etimología se ajusta a la naturaleza. Las fuentes y regatos saltan por todas partes; un mismo manantial, brotando de una piedra, divide el hilo de sus gotas; unas inician los ríos de Francia, otras los de España. En el hueco de la mano cabe a veces la disidencia en el rumbo. Como estas fuentes se siente partido mi espíritu entre dos amores. El verdadero nombre vasco es Gayarria, o, según opinión de otros euskarófilos, Oyarria, « tierra alta ». Tanto el nombre latino como el vascuence interpretan la estructura y carácter del paisaje de Roncesvalles: altura y rocío, cuando no copiosas nevadas. Los de la ribera vienen aquí a sacudirse el paludismo, especialmente las tercianas, que se van al punto con viento fresco...

Las montañas ejercen siempre cierta sugestión religiosa. Y así la piedad guía nuestros pasos al monasterio, a la célebre Colegiata, que se considera por su importancia histórica como el cuarto santuario de la Cristiandad, después de Jerusalén, Roma y Santiago de Galicia. En todas partes, la aparición de la Virgen constituye un bello suceso, inspirador de la más pura poesía. Pero en ninguna tiene el milagro un prólogo tan hermoso como en estas montañas. El primer indicio de la existencia de la Virgen de Roncesvalles es una piedra que representa a un obispo vasco dormido y a su lado un ángel. He contemplado, reverente, al señor obispo, que sigue dormido. La distracción de las gentes no deducía de este hecho visible y claro, de este monseñor petrificado, la posibilidad de un hallazgo de mayor trascendencia. No tardaría, sin embargo, en insinuarse con claridad meridiana la revelación. Una noche, surge de entre los bosques un hermosísimo ciervo, que lleva en la punta de cada cuerno un relumbrante lucero. El ciervo se detiene en la piedra que representa al obispo y al ángel. Y allí se queda con los dos asteroides en sus astas. Los montañeses contemplan atónitos el espectáculo; pero no aciertan a comprender su significación. Todo se aclara, al fin, cuando en el lugar que pisa el ciervo surgen cánticos celestiales. Se cava un poco y aparece, dulce y resplandeciente, la Virgen de Roncesvalles. Acuden los monjes de Ibañeta; llega también el arzobispo de Pamplona; por último asciende presurosa hasta estas alturas la reina de Navarra, doña Oneca, que se prosterna ante la imagen. Ello ocurría el año 855, en aquellos remotos tiempos de fe y santidad.

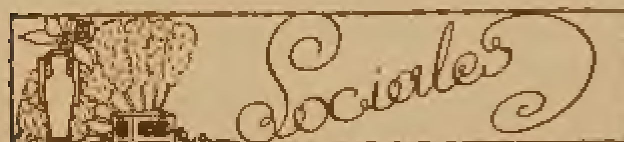
No exentos de fervor, penetramos en el santuario. Un amable canónigo navarro, que ha estado en Montevideo, nos guía y acompaña. Los monjes viven solitarios, aislados, como verdaderos cenobitas. Son once; nunca pueden pasar de doce; casi todos viejos, pesimistas y piadosos. Como es la hora del almuerzo, temo ser intempestivo. «No tema usted — me dice sonriente el culto canónigo; — en sonando las doce, aquí no se espera a nadie; almorzarán los demás». Yo miro a este monje que me guía; ha viajado; ha visto el mundo; ha vivido en esos pueblos americanos, optimistas, alegres, un poco sensuales. Todo lo ha dejado para meterse aquí, en esta soledad, de donde no saldrá nunca. «De aquí a la sepultura» — me dice. Poco habrá que andar; cuando un día aparezca yerto en su celda, le llevarán al patio del claustro, y allí quedará, bajo una losa, junto a otros colegas sepultados en el curso de diez siglos. Me corre cierto frío por todos los nudos de la espina dorsal. El canónigo sonríe; yo también. Hay que ser fuerte ¡canastos!...

Recorremos galerías y pasillos. Las formidables llaves y cerrojos rechinan como en un presidio. «Buenas tranqueras», observa Laurenz, con su concepto de estanciero experto. Nadie asoma a las celdas; no despertamos la menor curiosidad en estos espíritus solitarios. Para ellos ya no existe el mundo; sólo hay ultra-mundo.

Llevan estos santos canónigos la insignia de la antiquísima orden militar de Roncesvalles; consiste en una cruz de terciopelo verde, que empieza en báculo y acaba en espada. Según Santoval, la primitiva capilla fué fundada por Carlomagno, después de la derrota de Altobisbar. El aserto es discutido por otros historiadores. El santuario, con su aspecto de fortaleza, lo fundaron los reyes navarros don Sancho el Fuerte y doña Clemencia, que desde hace 687 años duermen el sueño eterno sepultados en este templo.

Durante la Edad Media, Roncesvalles era punto de paso de los peregrinos de toda Europa que iban a Santiago de Compostela y de los españoles que se dirigían a Roma y Jerusalén. El santuario adquirió

una prosperidad extraordinaria con el movimiento peregrino y las donaciones de los p íncipes y magnates de toda la cristiandad. Es tradición de Navarra que se iba desde Roncesvalles hasta Roma sin salir de las propiedades de la Colegiata. Descontando lo que haya de leyenda, lo cierto es que tenía enormes rentas de Inglaterra y Francia. En Londres, dice Hilario Sarasa, poseía toda una calle, donde existía una capilla dedicada a la veneración de la Virgen de Roncesvalles. Todas estas riquezas se perdieron; en Inglaterra cuando la Reforma protestante, y en Francia al producirse la Revolución.



† D. Carlos Sanguinetti

Era uno de los buenos, de los generosos, de los que, en todo momento, se había apiadado del infortunio de los demás.

Hizo todo el bien que pudo sin esperar la recompensa ni el aplauso de los hombres, seguro de que así cumplía con un deber impuesto por su propia conciencia.

Noble de corazón, recto, austero, bien intencionado, embelleció su vida con rasgos de generosidad que han de recordarse para ejemplo y lección.

Padre de dos de nuestras asociadas, este fallecimiento nos toca también directamente, desde que el señor Sanguinetti era el prototipo de la caballerosidad.

Cuantos tuvieron la dicha de tratarlo, han dejado expresa constancia de que era un hombre superior.

Viva su memoria en el corazón de cuantos cultivaron su trato y en quienes recibieron de él la palabra que reconforta y alienta.

Nosotros, por nuestra parte, al presentar nuestras sentidas condolencias a sus deudos, nos inclinamos ante la tumba de este caballero que acaba de morir.

† Isabel Iglesias de Erosa

En el vasto círculo de sus amistades, ha causado penosa impresión la noticia de la muerte de la señora Isabel Iglesias de Erosa, señora virtuosa y buena que pasó por la vida practicando siempre el bien. Afectuosa, sincera, fué una esposa modelo, una madre ejemplar y una compañera leal. Formó un hogar modelo, respetado y querido. El sepelio de sus restos se vió muy concurrido y, sus deudos, vienen recibiendo inequívoces manifestaciones de sentida condolencia.

† Juana Haramboure de Vidart

Allá, en Espes, Undurain, Bajos Pirineos, (Francia) donde se encontraba en viaje de placer acompañada de su esposo nuestro consocio D. Juan Vidart, acaba de fallecer, a fines de Diciembre, nuestra consocia doña Juana Haramboure de Vidart.

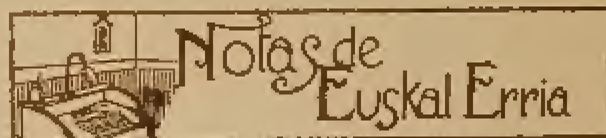
Esta noticia nos ha contristado sobremanera, desde que la extinta era una mujer excelente, buena, abnegada, caritativa con los pobres, en una palabra, la dama que sembró, durante toda su vida, beneficios para muchos con los ejemplos de una vida austera, consagrada enteramente a su hogar.

Amaba las tradiciones de nuestra tierra vasca. Y porque las amaba, emprendió viaje de placer con el inseparable compañero de su vida, dejando en esta República afectos y cariños que no la olvidarán.

Esta noticia se hace tanto más sensible, cuanto que la señora doña Juana Haramboure de Vidart se proponía regresar a Montevideo, donde se encuentran sus hijos.

Nos imaginamos el cuadro de desolación que reinará en el hogar donde se encontraban los amigos Haramboure-Vidart y el desconsuelo del esposo que ve morir a su fiel compañera lejos de sus hijos.

Al lamentar esta muerte, esta Revista que, más de una vez, encontró palabras de estímulo de la finada, presenta sus sentimientos de dolor a todos sus deudos, mientras recuerda su nombre con todo respeto y veneración.



Sesión del Consejo

El Consejo Directivo de «Euskal Erria» celebrará sesión el próximo martes 7 de Febrero, a las 8 y 45 p. m., a fin de considerar asuntos de sumo interés. Quedan invitados todos sus miembros.

Atención que agradecemos

El celebrado artista D. Ramón de Zubiaurre, desde Madrid, acaba de dirigir, por intermedio de la Secretaría General, sus cumplimientos de año nuevo a todos los asociados y a las Comisiones de « Euskal Erría ».

Quedamos vivamente reconocidos a su gentileza y retribuímos sus felices augurios de todo corazón.

Agradecimiento

A cuantos se han dignado saludar a la Revista social con motivo del año nuevo, presentamos también el agradecimiento de la Dirección.

Saludo desde San Sebastián

El señor José Aguirre, Director del Museo Etnográfico Vasco de San Sebastián, que fué nuestro huésped por varios meses, por intermedio de la Secretaría General, ha enviado a todos los asociados una expresiva salutación, acompañada de diversas obras para nuestra Biblioteca a la vez que formula votos por el engrandecimiento de « Euskal Erría ».

A la Comisión de Señoras

La señora Cedita López de Aguirre, por su parte, ha enviado desde San Sebastián, una expresiva nota a la Comisión de Señoras, de « Euskal Erría », agradeciendo las atenciones que le fueron tributadas durante su estada en esta ciudad y los homenajes que le fueron tributados el día de la partida.

He aquí el texto de dicha comunicación

Honorable Junta de Señoras de «Euskal Erría».— Montevideo.

Después de un feliz arribo de toda mi familia a Euskal Erría, y cuando múltiples ocupaciones me lo han permitido, me apresuro llena del más sentido agradecimiento y con el recuerdo puesto en las finas atenciones, para mí inmerecidas, que esa Honorable Junta de Señoras, con tanta delicadeza y afecto me tributó en el Puerto de Montevideo, en momento para mí imborrable de nuestro embarque, deseo hondamente que éste mi agradecimiento no sea en manera alguna amenguado por la distancia que nos separa, así desde este país basko y a esa entidad baska no puedo menos de decir de corazón « eskarik asko, milla esker ».

Dios guarde muchos años a esa Honorable Junta de « Euskal Erría ».

Firmado: Cedita López de Aguirre.

A la Señora Presidenta de la Honorable Junta de Señoras de « Euskal Erría », doña Francisca S. de Maimó.

San Sebastián XII 12-1921.

Revista social

Pronto se distribuirán a los asociados que coleccionan la Revista, los tomos debidamente encuadernados, que tendrá cada uno alrededor de 500 páginas.



El torneo sudamericano de ajedrez del Casino de Carrasco

Dice *La Prensa* de Buenos Aires del 28 de Enero de 1922:

Este torneo, que finalizó el 23 del corriente, tuvo un gran éxito, y su organizador, el señor Mario Blixen, merece un aplauso sincero. La impresión que ha dejado es muy buena, habiéndose desarrollado con entusiasmo y con el interés siempre en aumento, a medida que el torneo iba avanzando. En general las partidas son buenas y muchas han terminado en forma excelente.

De los tres « teams » en que intervinieron los argentinos obtuvieron todos los puestos de honor sobresaliendo la gran actuación del ganador, Roberto Grau. Por un error de trasmisión Villegas quedó como desalojado del segundo puesto, cuando en realidad empató el 2.°, 3.° y 4.° puestos con Illa y Coria, todos con 12 1/2 puntos.

Del « team » brasileño se destacó Alberto Carlos que empezó con bríos, pero la partida que perdió con Berasain, teniéndola superior, influyó en el ánimo del jugador Méndez dió la impresión de ser un jugador algo irregular. Su partida con Reca fué una de las más bonitas del torneo. En cuanto a Barbosa d'Oliveira y R. W. de Castro estaban fuera de juego.

Entre los uruguayos, se destacaron Berasain — este caballero es asociado de « Euskal Erría » — y Rivas, sobresaliendo el primero, por sus condiciones de eximio ajedrecista. La partida que mereció el premio de brillantez, muestra su fibra de jugador. Rivas es un jugador de mérito que conoce bien el juego, y sus tablas con Villegas lo acreditan.

De los argentinos es inútil repetir su actuación, pues son bien conocidos sus últimos éxitos. Sin embargo, merece mencionarse la forma irreprochable como Illa jugó todas las partidas, y fueron él y Grau los únicos que perdieron sólo un juego ».